

intelectuales y morales que se presentaban á los hombres, y cómo, con toda la apariencia de la fuerza, cayó lamentablemente en la impotencia absoluta, debido á que en ese país se había agotado el manantial de toda fuerza: la libertad individual y la autonomía comunal habían desaparecido.



REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

Noticia histórica

PAPAS. Los principales pontífices contemporáneos del Renacimiento y de la Reforma fueron Pío II (1458-1464), Pablo II, Sixto IV (1471-1484), Inocente VIII, Alejandro VI Borgia (1492-1503), el enérgico Julio II de la Rovere, León X (1513-1522), Clemente VIII y Pablo III Farnesio (1534-1550), que reunió el concilio de Trento. Citemos además Pío V (1566-1572) y Sixto V (1585-1590).

FRANCIA. A la muerte de Francisco I en 1547, subió al trono su hijo Enrique II; bajo su reinado Toul, Verdun y Metz fueron incorporadas á Francia y reconquistada Calais, á pesar de la derrota de San Quintín (1557). Sus tres hijos, los últimos Valois, le sucedieron: Francisco II, 1559-1560, Carlos IX, que murió en 1574, y Enrique III, asesinado en 1589, algunos meses después del duque de Guisa. Los últimos Valois presidieron las guerras de religión que, comenzando en 1562 por la matanza de Vassy, duraron hasta el edicto de Nantes en 1598 y de las cuales la de San Bartolomé fué el episodio más conocido (24 Agosto 1572).

IMPERIO. Carlos V abdicó en 1556 y murió en 1558; los príncipes electores eligieron como emperador á su hermano Fernando, ya rey de Bohemia. Fué seguido en línea directa, por el tolerante Maximiliano II (1564-1576) y por Rodolfo (1576-1612). Sobre el trono de España, á Felipe II (1556-1598) sucedieron Felipe III, Felipe IV (1621-1665) y Carlos II que murió en 1700.

PORTUGAL. Su rey Sebastián pereció en Marruecos, y le sucedió un anciano, el cardenal Enrique (1578-1580); á su muerte tomó España posesión del país, pero recobró su independencia en 1640.

INGLATERRA. Enrique VIII reinó desde 1509 á 1547; dejó tres hijos que reinaron: Eduardo II, hijo de Juana Seymour, tercera esposa, que murió á los dieciséis años (1553); María la Sanguinaria, hija de Catalina de Aragón, que se casó con Felipe II, é Isabel, hija de Ana Bolena, reina desde 1558 á 1603.

SUECIA. Un joven noble, Gustavo Vasa, libró su país del yugo dinamarqués y fué proclamado rey en 1523; abdicó y murió en 1560.

He aquí los nombres de algunos personajes del Renacimiento y de la Reforma, nacidos durante el período de 1467-1534, duración de dos generaciones:

ERASMO, humanista, nacido en Rotterdam, muerto en Basilea	1467-1528
Nicolás MAQUIAVELLO, historiador y hombre de Estado, florentino	1469-1527
Alberto DURERO, pintor alemán, nació y murió en Nuremberg	1471-1528
Lucas CRANACH, pintor, nacido en Franconia	1472-1553
Nicolás COPÉRNICO, astrónomo polaco, nacido en Thorn	1473-1543
EL ARIOSTO (Ludovico Ariosto), poeta, nacido en Reggio	1474-1533
MIGUEL ANGEL (Buonarotti), nacido en Arezzo	1475-1564
GIORGIONE (Barbarelli), pintor veneciano	1477-1511
EL TIZIANO (Tiziano Verellio), pintor veneciano	1477-1576
ANDREA DEL SARTE (Vannucci), pintor, nacido en Florencia	1478-1530
TOMÁS MORO, utopista y hombre de Estado, nacido en Londres	1480-1535
RAFAEL SANZIO, pintor, nacido en Urbino	1483-1520
Martín LUTERO, reformador, nacido en Eisleben	1483-1546
Francisco RABELAIS, cura de Meudon, nacido en Chinon	1483-1553
Ulrico ZUINGLIO, cura de Einsidel, después de Zurich	1484-1531
ULRICO VON HUTTEN, humanista, nacido en Franconia	1488-1523
El CORREGIO (Antonio Allegri), pintor parmesano	1494-1534
Hans HOLBEIN el joven, pintor, nacido en Augsburgo	1497-1543
Felipe MELANCHTON, reformador, nacido en Baden	1497-1560
El PRIMATICCIO (Francisco Primaticcio), pintor bolonés	1504-1570
John KNOX, reformador escocés, nacido en Haddington	1505-1572
Juan CALVINO, reformador, nació en Noyon y murió en Ginebra	1509-1564
Teodoro DE BEZE, reformador, nacido en Vezelay	1509-1605
El TINTORETO (Jacopo Robusti), pintor, nacido en Venecia	1512-1594
RAMUS ó Pedro la Ramée, escritor, nacido en Vermandois	1515-1572
Pablo VERONÉS (Paolo Caliari), pintor, nacido en Verona	1520-1588
Pedro de RONSARD, poeta, nacido cerca de Vendôme	1524-1585
Luis de CAMOENS, poeta, nacido en Lisboa	1525-1580
Esteban de LA BORTIE, escritor, nacido en Sarlat	1530-1563
Miguel MONTAIGNE, escritor, nacido en Perigord	1533-1592



REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

La Reforma pedía el derecho de examen, pero exigía que el resultado del examen fuese de conformidad con sus conclusiones.

CAPÍTULO XII

ESTERILIDAD DEL HUMANISMO. — ABORTO DEL RENACIMIENTO.
VUELTA AL ANTIGUO TESTAMENTO. — LA REFORMA, LA BURGUESÍA
Y EL PUEBLO. — DIVISIÓN GEOGRÁFICA DE LOS CULTOS.
GUERRA DE LOS CAMPESINOS.
ANABAPTISTAS. — SUIZA, ALEMANIA, FLANDES, INGLATERRA, ESCOCIA.
IDENTIDAD DE LAS RELIGIONES ENEMIGAS. — CAPUCHINOS.
COMPAÑÍA DE JESÚS. — EDUCACIÓN.
LIBRE EXAMEN. — LAS SECTAS Y EL ARTE. — MISIONES LEJANAS.

EL bello ideal de los humanistas, aquella unión en amable confraternidad de saber y de goce artístico con los otros hombres, era irrealizable porque lo ambicionaban solamente para un corto número de llamados y para un número más reducido aún de escogidos. Constituían una aristocracia intelectual muy desdenosa de ese pueblo de abajo que trabaja y se fatiga para darnos pan, sin disfrutar de una hora para cultivar en sí el sentido de la

belleza. Hubo humanista, Erasmo por ejemplo, que se nos muestra como dominando desde gran altura por la inteligencia y la ironía las disputas religiosas y las disensiones políticas á que se entregaban furiosamente sus contemporáneos; pero esa superioridad de pensamiento queda reducida á nada, porque es estéril y no se transforma en acción; no tiene la más mínima participación en la vida general de los pueblos arrastrados por el gran remolino de los acontecimientos; antes al contrario, se aleja de ellos cobardemente por miedo de comprometer la tranquila elaboración del pensamiento y la preparación lenta de las frases exquisitas que han de traducirle para los amigos elegidos. Erasmo, el gran pensador, es también el hombre que cerró su puerta á Ulrico von Hutten fugitivo y le denunció á las autoridades para no verse comprometido por la presencia de un antiguo amigo. Los humanistas eran ya «super-hombres» y, como tales, se hallaban fuera de la humanidad.

Pero habíanse realizado demasiados progresos en todos sentidos, abundaban ya notabilísimos descubrimientos en el espacio y en el tiempo; la industria y el comercio acrecentaban de tal modo la extensión de sus dominios y la variedad de sus aplicaciones, y al mismo tiempo aumentaba el tesoro de los conocimientos humanos en tales proporciones, que la sociedad, cambiando su punto de apoyo, se halló forzosamente obligada á tomar formas nuevas. Sin embargo, cambios de esta naturaleza no se hacen de manera que realicen lógicamente las consecuencias de los principios invocados por los innovadores y revolucionarios; conformes con la resultante de todas las fuerzas en lucha, representan el término medio del estado social con sus innumerables contradicciones, con todas las supervivencias del pasado más ó menos resistentes, entremezclándose con las imágenes rudimentarias de las realizaciones futuras. El movimiento intelectual y moral del Renacimiento, obligado á tomar cuerpo en la sociedad ambiente, debió acomodarse al término medio de las concepciones religiosas, morales y políticas, encarnándose así en instituciones muy inferiores á su tendencia natural.

No puede negarse que el Renacimiento, tomado en el círculo estrecho de sus intelectuales y artistas, fué en su esencia muy superior á la Reforma; abría el espíritu humano á la razón, buscaba

la verdad pura; pero desmoralizándose para constituir la Reforma, incorporándose en la masa del pueblo, tomaba las preocupaciones, ante todo, la primera de todas, la de la unión de las cosas humanas á la autoridad divina, por no haberse todavía despojado de la idea de vida religiosa la idea de existencia superior¹. Desde el punto de vista histórico, la Reforma es, pues, en primer término el aborto del Renacimiento².

Apoyándose sobre el mismo principio que la forma católica romana del cristianismo, el conjunto de las sectas que se conoce con el nombre de protestantismo no es, pues, una verdadera «reforma», ya que en todo tiempo germinó como matas de hierbas silvestres alrededor de los cultivos de la Iglesia.



Museo del Louvre.

ERASMO

Cl. J. Kuhn, edit.

POR HANS HOLBEIN

El protestantismo surgió en diversas épocas y sobre muchos puntos de Europa antes de tomar su forma definitiva en Alemania con las «tesis» de Lutero públicamente afirmadas. Sin hablar de sus antecesores, que recitaban la «noble Leyczon» en los valles de los Alpes, ni de Wiclef, cuyo protestantismo fué mucho más revolucionario que el del fraile agustino de Wittemberg, ni de Juan Huss, que supo morir sencillamente por su fe, Lutero había podido oír en Italia todo lo que repitió después

¹ Nietzsche, *La Volunté de Puissance*.

² Jules Baissac, *Société Nouvelle*, Septiembre 1896, p. 764.

ante Carlos V. Cerca de dos siglos antes, Petrarca, campeón de la Iglesia, había anunciado la caída de la gran organización eclesiástica á que pertenecía: «No es necesario ser profeta, decía; basta el juicio más sencillo para darse cuenta de que el papado está en la pendiente de una ruina inevitable». Lorenzo Valla, que fué protegido hasta su muerte por la opinión pública y salvado de toda persecución, se había dirigido también contra el papa, no menos violento y animoso que el religioso alemán: «Me propongo ahora escribir contra los vivos, no ya contra los muertos, contra una autoridad pública y no contra una autoridad privada. ¿Contra qué autoridad? Contra la del papa, ceñido, no sólo de la espada laica de los reyes, sino también de la espada espiritual del episcopado supremo. De modo que no es posible defenderse de él, de su excomunión, de su execración ni de su anatema detrás de ningún escudo de príncipe. Y podría decir con la Biblia: «¿Dónde huiré de tu presencia y del soplo de tu boca?»¹.

Puede decirse que los mismos concilios que discutieron en Basilea y en Constanza las cuestiones dogmáticas y las de la moral religiosa, colocándose sobre el papa y hasta contra él, estaban animados de un verdadero espíritu protestante. No faltaba á los doctores y á los prelados más que un poco de audacia y de sinceridad para anticiparse y reformar la Iglesia, como después lo intentó Lutero dirigiéndose al poder laico. Más aún: una furia mayor que la del protestantismo latente, anhelando la Reforma por la excitación de la fe religiosa, no cesó durante la Edad Media de atacar directamente á la Iglesia: esa fuerza era el buen sentido irreligioso. En todo tiempo, y hasta la época en que las almas se abandonaban más cándidamente á la fe y en que el fanatismo armaba más enérgicamente el brazo contra el infiel, una gran parte de la literatura nacional atestiguaba un fondo de escepticismo irónico en muchos que, guardándose prudentemente de atacar á la Iglesia, tenían cuidados muy diferentes de los del dogma y de la oración. Es de notar que esa ironía popular tenía un alcance muy superior á todas las formas cristianas y que no se hubiera acomodado al culto protestante mejor que á la religión católica; siendo de notar que en Francia, el país

¹ Citado por Philippe Monnier, *Le Quattrocento*, t. I, p. 285.

más rico en romances satíricos dirigidos contra los eclesiásticos, el protestantismo no arraigó de una manera verdaderamente profunda más que en una parte de la población. La masa de la burguesía,

N.º 375. Carlos V y Francisco I.



El territorio rayado es el de Carlos V; además, la Italia septentrional era frecuentemente ocupada por tropas alemanas y españolas.

á la que la religión nueva se adaptaba mejor que la antigua forma romana, no creyó que valía la pena de cambiar la rutina ordinaria de las prácticas religiosas. Ya en aquella época «no había bastante religión en Francia para dividirla en dos».

Rabelais mismo, el que con razón ó sin ella se cree que fué el autor de la más ruda sátira contra «la Isla Sonante y todos sus pajarracos», no se dignó abandonar la estola y el hisopo: permaneció cura, convencido de que bajo el vestido severo del pastor calvinista hubiera estado más ridículo todavía. En el siglo de la Reforma, cuando la evolución religiosa fué bastante poderosa en la Gran Bretaña y en los países germánicos para cambiar la forma exterior del culto y dar á los cristianos un nuevo ardor, los elementos de esa renovación de la fe en el más allá no fueron suficientes en Francia para que el protestantismo adquiriese una fuerza comparable á la que se manifestó en el Este y en el Norte: faltó empuje á la espontaneidad del impulso.

En el conjunto, si se considera el protestantismo en sí, sin las mil circunstancias exteriores á que ha debido acomodarse, ha de verse en él una vuelta hacia los orígenes, una tentativa por parte de los cristianos de dirigirse á las fuentes mismas de la vida, de beber en la fuente viva que mana á los pies de Jesucristo, y que después fué conducida, canalizada y mezclada con las aguas más diversas por los papas y los concilios. Toda revolución comienza, en el pensamiento de sus autores, por una simple reforma. Los primeros cristianos quisieron volver á la sencillez de los antiguos Hebreos; así también los primeros protestantes trataban de remontar á los tiempos del Evangelio. Más aún: aceptando devotamente la tradición que daba á los dos «Testamentos» de las Santas Escrituras un mismo valor, puesto que las palabras son igualmente inspiradas por Dios, aspiraban á restablecer la «antigua alianza», el pacto consentido por el Eterno con sus servidores Samuel, Moisés y el padre Abraham: todo progreso, y desde ciertos puntos de vista de tal debe ser calificado el protestantismo, comienza por un movimiento de retroceso hacia el pasado.

No se crea que esa vuelta de la voluntad religiosa hacia los tiempos tan lejanos de la antigüedad judaica haya quedado sin consecuencias materiales, sin reacción eficaz sobre la civilización protestante. La influencia de la Biblia sobre la cultura moderna es mucho mayor que lo que generalmente se supone. El precepto del libro, «Escudriñad las Escrituras», tomado en el sentido del estudio per-

sonal de las cosas santas sin la ayuda de pastores, entró en la conciencia del protestante, y millones de hombres en Alemania, en los Países Bajos y en Escandinavia, en las islas Británicas y en la Nueva Inglaterra, en las montañas de los Cevennes y en otros distritos de la Francia hugonote, se dedicaron á la lectura única de la «Palabra de Dios», comenzando por el Génesis, y, bajo esta influencia, acabaron por ser mucho más judíos que cristianos. La historia mítica y legendaria, á veces atroz, de los Beni-Israel les llegó á ser más familiar que la historia de su propia nación, modificó su lengua y su modo de pensar y penetró hasta el fondo del ser por su moral primitiva. Tales libros inspirados por esas ideas del protestantismo judaizante son absolutamente incomprensibles para los no iniciados, lo mismo que tales ó cuales actos de fervientes calvinistas que toman por modelo Moisés, Josué ó el «santo rey David». Actos abominables, reprobados por toda moral humana, encontraban amplia justificación en los ejemplos dejados por el «pueblo elegido», y considerado el enemigo como «Filisteo» ó «Amalecita», se tenía sobre él derecho de exterminio, de tortura y hasta de eterna maldición, de condenación al fuego que no se extingue. Recorriendo los anales contemporáneos se encuentra el relato de alguna horrible matanza familiar, que en un principio parece un acto de simple locura, pero que bien considerado se ve que está seriamente conforme con una ú otra escena del judaísmo antiguo y se precisa en la voluntad del criminal bajo la influencia de lecturas de la Biblia renovadas sin cesar: son los crímenes rituales del protestantismo.

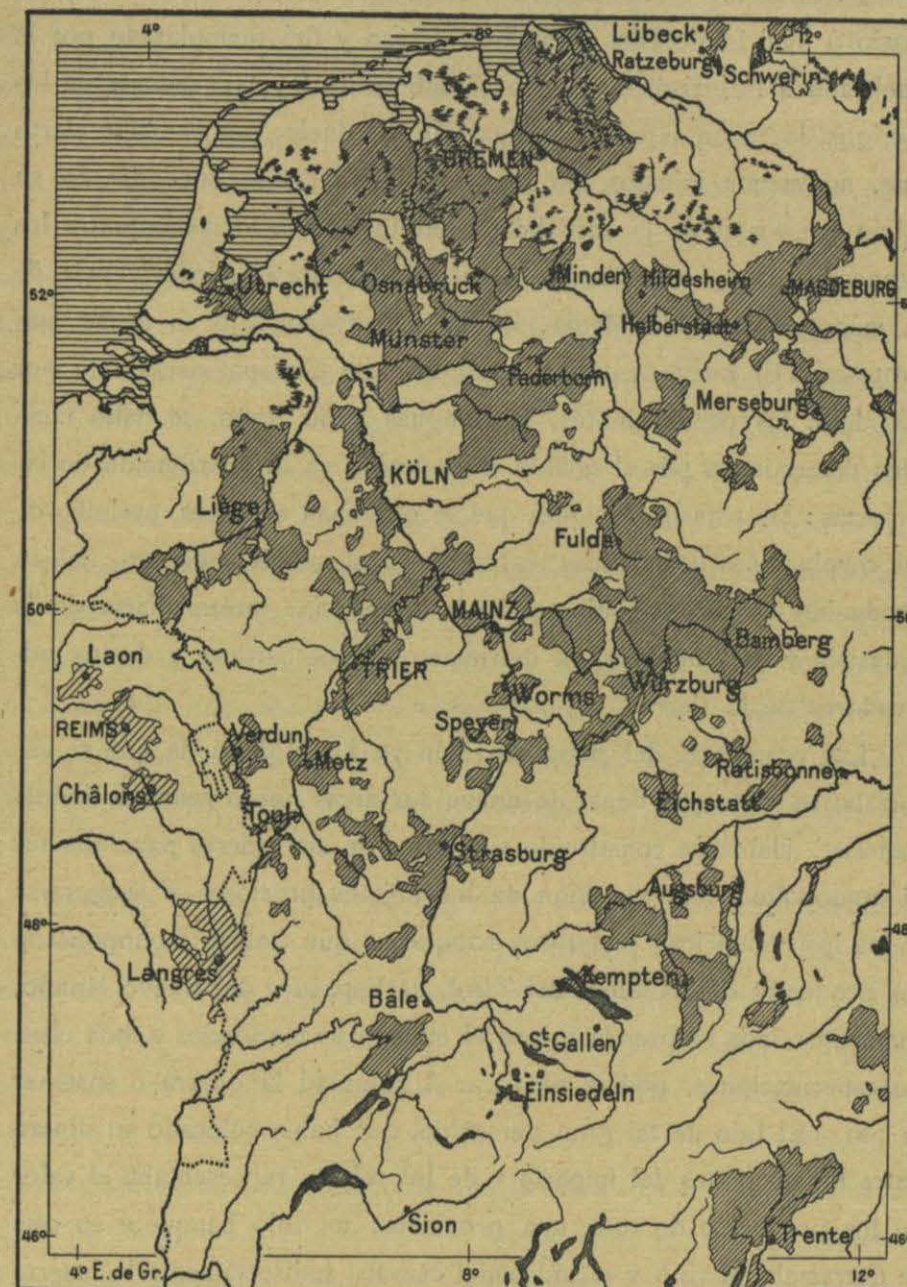
La Reforma, pues, estudiada exclusivamente desde el punto de vista de la evolución religiosa, no es más que una tentativa de «renacimiento» ó de purificación del catolicismo, lo que el mismo Renacimiento había sido en el estudio y en el arte. Los protestantes fueron católicos más ardientes que los papas y los prelados; en tanto que éstos se acomodaban fácilmente á las modificaciones causadas por el tiempo y no se cuidaban de parecerse á San Pablo y á los apóstoles, los fanáticos reformadores remontaban, en su tenaz investigación del pasado, tan lejos como lo permitía su erudición, más allá de Jesús y sus discípulos. No podía ser de otro modo: la generación que precedió á Lutero poseía ya la obra reputada como divina,

de la cual se habían hecho ya una veintena de traducciones antes que la suya — la primera, editada en Delft, data de 1477 —, y el arte de la imprenta, que la distribuyó pronto entre todos los fieles¹, por centenares de ediciones, por miles y miles de ejemplares, creó por eso mismo multitudes rivales á los predicadores oficiales, curas y frailes. Cada lector de la Biblia llegó á ser su propio dispensador de verdad, su pontífice supremo, tenía en su mano la llave divina que abre las puertas del cielo. Como decía Bossuet, «con su Biblia en la mano, todo protestante fué papa». A lo menos así sucedía entre burgueses y nobles, porque las costumbres de los pueblos inclinaron siempre su balanza hacia el poder. En proporción de la instrucción creciente que cambiaba el centro de gravedad en la sociedad burguesa, la explosión de la Reforma había llegado á ser irresistible, era necesario romper la vieja armadura de la Iglesia y había que forjar una nueva.

La forma de la religión debía, pues, acomodarse á la mentalidad del mundo burgués; también debía prestarse á los métodos científicos recientes, introducidos por los humanistas, y no descuidar, como lo había hecho hasta entonces, las lenguas modernas, que se habían emancipado del latín y se convertían á su vez en admirables intérpretes del pensamiento; por último, la revolución operada en el mundo de la inteligencia había de producirse paralelamente en la concepción, en la práctica de las leyes y favorecer proporcionalmente la evolución religiosa. El derecho romano reemplazó al antiguo derecho germánico, á pesar de la oposición encarnizada de la Iglesia. En posesión de la tercera parte del territorio y de los bienes muebles en la Europa occidental, el clero temía esa transformación, que colocaba las propiedades eclesiásticas bajo el examen y la crítica de los legistas, y de ese modo preparaba la Reforma antes que se efectuara desde el punto de vista religioso, pero no pudo evitarlo. Los monarcas franceses, prosiguiendo la obra de Felipe el Hermoso, habían restringido poco á poco el poder de los papas, y, finalmente, Francisco I se sintió bastante fuerte para reservar á la autoridad civil el nombramiento de los obispos; por el concordato de 1516, la «hija primogénita de

¹ Richard Heath, *Anabaptism*.

N.º 376. Algunos territorios eclesiásticos.



1 : 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

Los territorios rayados estaban sometidos á la jurisdicción eclesiástica, que, en Francia, fué gradualmente subordinada al poder real, y, después del concordato de 1516, se hizo puramente nominal. — Los nombres en mayúsculas son los de los arzobispos; las otras ciudades eran sedes de obispos ó de abadías importantes.

la Iglesia» imponía condiciones durísimas á su madre, pero ésta no tuvo más remedio que someterse á ellas.

También fué herido el poder de la Iglesia cuando el duelo judicial ó «juicio de Dios» cayó en desuso y fué reemplazado por la apelación á la jurisdicción. Los hombres de ley, vencedores de los clérigos, lograron suprimir la legalidad del duelo; pero es bien cierto que, no menos injustos, no lograron inspirar más confianza en su juicio que en el de la casualidad, puesto que, á lo menos entre los Franceses, la práctica de los «lances de honor», supervivencia de la más remota Edad Media, se ha conservado bajo su forma más grotesca. El nuevo equilibrio religioso de Europa, necesitado por las ideas, los conocimientos, las lenguas y las leyes, se halló también determinado por el cambio sobrevenido en la distribución de las riquezas: las transformaciones que se operaban entonces, preludio de las revoluciones económicas realizadas en el mundo moderno, habían producido el enriquecimiento de la burguesía, intermediaria de la industria y del comercio, en detrimento de los barones y de los cultivadores de la tierra.

Las economías del pobre no iban ya á la Iglesia, la que se esforzaba en vano por llenar de nuevo sus arcas por la venta de indulgencias. Habíanse constituido sindicatos de mercaderes para obtener el monopolio de importación de los objetos preciosos y asegurarse todos los beneficios; poderosos banqueros que habían monopolizado los productos de las minas del Tirol, de España y del Nuevo Mundo, tomaban reinos en prenda y, por el manejo de los fondos y toda clase de especulaciones, podían provocar á voluntad la guerra ó sostener la paz. El lujo de tal gran personaje, que había colocado su dinero entre los magnates del Imperio y de los reinos, representaba el valor de los productos de toda una provincia: un solo banquete en que se derramaba el vino y el hidromiel causaba indirectamente la muerte de algunos miles de aborígenes en la Española, en Cuba ó en el continente americano.

Menos ricos que esos banqueros, los príncipes y soberanos bien hubieran querido imitar esas prodigalidades fastuosas correspondientes á su rango, pero estándoles prohibido todo trabajo, ¿qué medios podían emplear para aumentar sus riquezas? Tenían ya tasada la materia imponible, habían cobrado tributos, exigido servidumbres, reivindicado la mayor parte del parasitismo sobre toda manifesta-

ción del trabajo humano, ¿pero no había llegado ya el momento de confiscar, de *incamerer* ó anexionar al dominio de la cámara eclesiástica, de apropiarse los tesoros de la Iglesia, como se había hecho tantas veces con los de los Judíos, de proseguir respecto de todos los prelados católicos y en todos los conventos la obra que poco antes el rey de Francia, arrastrando tras de sí todo un mundo tembloroso de magistrados y de clérigos pronto á retractarse, osó intentar contra la sola orden de los Templarios, declarada de antemano herética para que sus bienes fuesen buena presa? La conversión á la forma nueva del cristianismo ofrecía, á los príncipes y á sus amigos y consejeros de la burguesía, la ocasión única de recompensar su repentino celo por la verdad del Evangelio con el monopolio de las economías seculares acumuladas en iglesias y conventos. La Reforma, primera gran victoria de esa clase burguesa que dos ó tres siglos después había de dominar con el triunfo de la Revolución francesa, iba á ayudar eficazmente á la redistribución de las riquezas. Esa es una de las formas necesarias de la actividad de las revoluciones, pero no la única, como historiadores temerarios lo han supuesto.

Los que se contentan con ampulosas afirmaciones representadas por frases tradicionales, suelen decir que cuando la gran escisión de la Iglesia, se hizo la repartición siguiendo el contraste geográfico del Norte y del Mediodía; suele agregarse que esta división coincidió con la de los pueblos germánicos y de los pueblos «latinos». Sin embargo, la observación de los hechos demuestra que esas afirmaciones generales están en desacuerdo con la realidad, como lo demuestra el hecho de que en pleno Norte, ó al menos sobre la vertiente septentrional de Europa, Polonia, los países rhenanos, Bélgica, Irlanda, los Highlands de Escocia están principalmente habitados por católicos, y que en algunas comarcas en que las dos religiones se disputan la supremacía, ni el clima ni la raza tienen nada que ver en la diferencia de las confesiones. Es preciso estudiar separadamente en cada país la evolución de los acontecimientos que han producido el equilibrio religioso para apreciar y medir las causas diversas que han determinado el triunfo de la forma católica ó de la forma protestante en las religiones nacionales.